

armando cassigoli perea*

utopía y antiutopía

Este escrito podría denominarse también “proyecto y antiproyecto”, o tal vez “futurismo y conservadurismo” o quizá, “sobre la esperanza y el temor” o inclusive “de la juventud y la vejez”.

Porque la utopía es juventud en pleno, proyecto lanzado hacia el futuro, programa político aún no realizado, esperanza revivificada, fe meliorativa en el hombre y sus posibilidades de bien.

Hace años empecé a interesarme por el utopismo, y la incitación a su conocimiento no emanó ni de Moro ni de Saint Simón. Mi interés partió del arte espontáneo de los niños de una escuela pública-santiaguina que cantaban algo que decía más o menos así:

Quando del mundo actual no quede huella
y el sol del porvenir brille en la altura
ya no habrán discusiones ni querellas
y todo será un mar de baratura. . .

Los pequeños de esa escuela entonaban, sin saberlo, un canto utópico, no un canto imposible, sino uno que implicaba una posibilidad a realizar, un programa que sería necesario cumplir y lograr en los inminentes tiempos del futuro.

La segunda incitación provino de una canción del folclor recogida por Violeta Parra, donde se describe el país soñado de los pobres, de los que jamás han tenido abundancia en su mesa:

* Investigador de tiempo completo del Centro de Estudios Políticos, FCPyS, UNAM.

La ciudad de Cofralandes
es muy buena pa' los pobres
allí no se gasta un cobre
los comercios son de balde
Es cosa muy admirable
los vivientes bien lo dice
por hambre naiden se aflije

aunque lo quieran pasar
y pa'l que quiera fumar
hay cigarros de tabique.

La canción infantil y los octasílabos de Violeta, son las versiones criollas y populares del país de Jauja del pintor flamenco Brueghel con árboles que dan pasteles, montañas de arroz, ríos de vino.

Cuadro que si no lo recuerdan bien se los puedo refrescar con otros versos:

Descripción de la utópica ciudad de jauja de Brueghel

Vide entonces una loma
de pasto verde y mullido
detrás de unos caseríos
donde el sol dorado asoma.

Y un árbol en medio della
rodeado de mesa puesta
donde yace una botella
como después de una fiesta.

Y amparándose a la sombra
de esa mesa circular
duermen juntos, y no asombra,
letrado, peón y guardián.

Sobre un plato muy bruñido
puesto en un blanco mantel
resalta un pavo cocido
como si fuera un pastel.

Por la ladera un cerdillo
va caminando en bajada
lleva en su lomo un cuchillo
pa' sacarle rebanadas.

Los panes que hay en el techo,
y el peso bien lo soporta,
están mezclados a trechos
de dulces trozos de torta.

Huevos recién escaldados
que van por sus propios pies
vasos de vino, colmados
presas de pollo también.

Los gordos vientres se agrandan
los culos enormes crecen,
los comensales aguardan
que el yantar de nuevo empiece.

Sobre un lago que se asoma
hay hombres pescando truchas
Yo vide en aquella zona
que la abundancia era mucha.

De una montaña de arroz,
sale un hombre con cuchara,
llegó con un hambre atroz
y allí se quitó las ganas.

En esa ciudad yo he estado,
y lo digo sin alardes
si el recuerdo no es errado,
así es Jauja o Cofralandes.

Cantos producto de hambres no saciadas, hambres físicas y espirituales, de justicia en fin. La utopía es arte de hambrientos tal como la antiutopía es queja de saciados; hambre y sed de jóvenes clases sociales y hombres jóvenes, jóvenes como Tata Vasco, el obispo michoacano Vasco de Quiroga que, en pleno uso de su juventud, en la setentena, solicita al Real Consejo de las Indias, planteamiento que no obtuvo respuesta, organizar a los naturales del Nuevo Mundo según lo especificado por Tomás Moro en su "Utopía", escrita hacía menos de medio siglo por este más tarde santo católico y contrarreformista teólogo en la época del monarca Enrique VIII.

El obispo Vasco de Quiroga, próximo a morir en la ubérrima región michoacana de Uruapan, en el pináculo de su juventud, a los 95 años de edad, aún sigue pensando utópicamente, como en un salto al futuro, en regresar al cristianismo primitivo, como

programa al que habría de llegar con esos indios que, como cita Silvio Zavala, caminaban descalzos, de cabellos largos, y descubiertas las cabezas “a la manera como andaban los apóstoles”, de suerte tal que con ellos se podría “plantear un género de cristianos a las derechas, como primitiva iglesia”. Estas descripciones de Tata Vasco referidas a la población indígena mexicana podrían muy bien ser extraídas de la **Utopía** de Tomás Moro o de la **Ciudad del Sol** de Tomasso Campanella.

Utopía no es pues un “no hay lugar” como traduce Francisco de Quevedo el neologismo del griego “utopía”. El “no lugar” existe en cualquier punto de la tierra y es necesario realizar en él un reino de racionalidad y de justicia. Para realizar la utopía Vasco de Quiroga elige las tierras de Michoacán, la Nueva España, el Nuevo Mundo en general.

Tomasso Campanella intenta igualmente llevar a cabo en la región de Nápoles los preceptos contenidos en “La Ciudad del Sol”, república ideal o filosófica, organizada por gente que vino de la India huyendo de los piratas y los magos. Propuesta de un programa político y ético a realizar. En este mismo sentido, **El Manifiesto Comunista** de Karl Marx es también una utopía al presentarnos al final del segundo capítulo determinadas medidas básicas para ejecutar en un programa a corto plazo. El sentido utópico de alguna de esas medidas en 1848, se ha transformado en tema actual por cuanto se han llevado a cabo concretamente en muchas partes de la tierra. El “fuerte impuesto progresivo”, la “abolición del derecho de herencia”, y “la centralización del crédito en manos del Estado” o la “educación pública y gratuita de todos los niños” que pudieron ser utópicas a fines de la primera mitad del siglo XIX, ya no lo son en la segunda mitad.

Tata Vasco piensa en la posibilidad de organizar la recién colonizada América según los cánones de la **Utopía** de Moro; de igual manera que la de Campanella trata de fundar su Urbe Helica o Città del Sole en Nápoles, y los jesuitas en su estado teocrático del Paraguay. Así también la Royal Society parece ser no otra cosa que la actualización de la Sociedad de la Casa de Salomón de que nos habla Francis Bacon en su **Nueva Atlántida**.

Hay, sin embargo, utopías que no son utópicas, como la de William Morris, **New form nowhere** o “Noticias de ninguna parte”. Morris fue compañero de logia o liga, que eran las organizaciones básicas del socialismo decimonónico, de Marx y Engels. Su **New from nowhere** intentó ser una utopía marxista en la ciudad de Londres cuando el comunismo hubiera sido una realidad (a mediados del siglo XX), donde la “libre asociación de productores” fuese ya una realidad. En la obra de Morris las fuerzas productivas del comunismo son tan grandes que cada coche es jalado por ocho caballos y todas las calles tienen faroles de gas. Es esta obra la

versión literaria, soñada (pues se trata de un sueño), donde el protagonista intenta poner la carne que él suponía le faltaba el esqueleto marxista, la iconografía ideal y finisecular del abstruso texto de crítica a la economía política clásica. Morris no propone un programa a emprender, sino que "ilustra" el discurso marxista, en la medida de su imaginación no demasiado exagerada.

Por su parte, la obra **Anticipaciones** de Herbert George Wellos tampoco es una antiutopía. En ella, el autor de **La Guerra de los Mundos** nos dice que el hombre jamás sobrepasará, en ferrocarril, el límite de velocidad de ochenta kilómetros por hora; y menos se cumplirá el sueño de muchos que piensan que algún día se podrá transportar carga por el aire ya que el hombre es un bípedo terrestre y no un ánade.

El concepto de utopía implica un programa, un proyecto político posible, un plan esbozado de manera metafórica, con matices literarios en mayor o menor grado, adornos estilísticos y formas artísticas.

Pero además implica la expresión de una clase social en ascenso. Moro, Campanella y Bacon representan a la burguesía europea en una etapa de brioso desarrollo, de desenvolvimiento progresivo, de fijación de metas y establecimiento de programas políticos para su lucha antifeudal no concluida. En estos hombres del Renacimiento, estaban comprendidas todas las características que la clase habitante del burgo desplegara durante todo proceso histórico.

Moro y su Utopía. A pesar de que Moro era un crítico de su sociedad, incluyendo esa crítica a la Iglesia, fue un hombre de la Contrarreforma inglesa y su oposición a la separación de la Iglesia, del Papado y la consecuente fundación de la Iglesia Anglicana por el Rey Enrique VIII fueron elementos que le costaron la vida. No obstante su contrarreformismo, se convirtió en un representante de la burguesía en ascenso y su visión de una sociedad en la isla "donde no hay lugar" o "utopía", entraba un programa de acción con desprecio del oro, la plata, y las piedras preciosas, con abolición de la propiedad privada, con estricta disciplina social y con... esclavitud.

Su pensamiento tiene a veces más de cristianismo hedonista primitivo que de construcción abstracta e idealizada de lo social; situación que no parece contradecirse con la esclavitud voluntaria de trabajadores pobres de países extranjeros, por ejemplo; la aplicación de la eutanasia a los enfermos incurables, a los cuales, sin embargo, se les prohíbe el suicidio (si alguien lo cometiese impelido por un doloroso e insanable mal, su cadáver será abandonado insepulto en cualquier pantano).

La profesión de agricultores, común a todos los utópicos, plantea un regreso a la tierra, un sumergirse en el baño lustral agrario que limpia los pecados del mundo y redime al hombre a través del

trabajo en los campos, que son de propiedad común. Dicha actividad básica se comparte, en muchos, con el cultivo de las letras, adelantándose **Utopía** en varios siglos a la necesidad de consumir las contradicciones entre ciudad y campo y. trabajo manual o intelectual planteado por Karl Marx.

El trabajo entre los utópicos es ejemplar, pues, no sucede como en otras naciones:

donde gran parte del pueblo vive inactivo. . . en primer lugar casi todas las mujeres, o sea la mitad de la población, pues si en alguna parte trabajan es porque los hombres descansan en su lugar la mayoría de las veces. Añádase esa multitud tan grande como ociosa de sacerdotes y de los llamados religiosos. Únase a éstos los ricos propietarios de tierras, denominados vulgarmente nobles y caballeros.

Son dignos de imitación, son la expresión de un programa político por ejecutar, sobre todo en el terreno de los valores ya que en muchas partes vemos a:

gentes tan insensatas que se creen ennoblecidas por llevar un fino tejido de lana, olvidando que éste, por delicado que sea, cubrió en otro tiempo a una oveja que no por eso dejó de ser oveja.

Y, ejemplo digno de imitarse, los utópicos han suprimido totalmente a los. . . abogados.

Este sentido de crítica social y de proyecto político a realizar es sintetizado por Moro en los siguientes términos:

Os he descrito con la mayor veracidad posible el modo de ser de un Estado al que considero no sólo el mejor, sino el único digno a justo título, de tal nombre. En otros sitios se habla del bien público, pero se atiende más al particular. En Utopía, en cambio, como no existe nada privado, se mira únicamente a la común utilidad. . . Entre los utópicos, siendo todo común, nadie teme carecer de nada, con tal que estén repletos los graneros públicos de donde se distribuye lo necesario con equidad. Por eso no conocen pobres ni mendigos y sus habitantes son ricos aunque nada poseen. . .

Y sigue su crítica social, su ataque a la injusticia, su defensa de los trabajadores en relación con la nobleza:

¿Qué justicia es esa que permite que un noble cualquiera, un orfebre, un usurero y otro de la misma ralea que no se ocupan en nada o lo hacen en cosas de ningún provecho para el Estado, lleven una vida espléndida y regalada en la ociosidad u ocupaciones inútiles, mientras el esclavo, el auriga, el obrero, el agricultor con un trabajo tan constante y penoso que no lo soportaría una bestia de carga y tan necesario que un Estado no podría durar sin él ni siquiera un año, apenas alcancen a alimentarse malamente y a arrastrar una vida miserable y, desde luego, de peor condición que la de un animal, cuyo trabajo no es tan continuo ni le desagrada ninguna comida por inferior que sea, ni tiene ninguna? . . .

Y más adelante, en abierta crítica a “Enrique, rey de Inglaterra, octavo de ese nombre, adornado con todas las virtudes de un príncipe egregio” tal como nos los dice en el comienzo del Libro Primero de **Utopía** protesta con su conciencia burguesa:

¿No es injusto e ingrato un Estado que se muestra tan pródigo con los que llaman nobles, con los orfebres, con los fabricantes de cosas inútiles o inventores de inanes placeres, y que en cambio, para nada se preocupa de los labradores, carboneros, obreros, aurigas, herreros y carpinteros, sin los cuales su propia existencia fuera imposible?

¿No es iniquidad grande abusar de su trabajo en la flor de la edad y recompensarlos, cuando ya les agobia el peso de los años, privaciones y enfermedades, con la más miserable de las muertes, sin recordar para nada sus muchos desvelos y trabajos? ¿Qué diremos de aquellos ricos que cada día se quedan con algo del salario del pobre, defraudándolo, no ya con combinaciones que privadamente discurren, sino amparándose con las leyes?

Crítica social que en términos parecidos hemos vuelto a escuchar en los posteriores siglos y aun en nuestros días, y que implica la necesidad de cambio, de un programa de reformas que él ha propuesto de manera literaria en una isla sin lugar que pasó a ser epítome de gobiernos ideales, de programas políticos meliorativos que “yo desearía para la humanidad entera”, y que finalmente “espero ver implantadas en nuestras ciudades”.

Campanella y la Ciudad del Sol. La imaginaria Ciudad del Sol, “idea de una república filosófica”, al igual que Utopía, está situada bajo la línea del Ecuador y estructurada según esotéricos cánones astrológicos. El recinto medio de la ciudad tiene siete millas de diámetro y se divide en siete grandes círculos, cada uno con el

nombre de los siete planetas: en el altar del templo principal “se ve únicamente un globo grande en el que está dibujado todo el cielo”; en dicho templo hay siete lámparas de oro, como en el Apocalipsis, y allí habitan –siete veces siete– cuarenta y nueve sacerdotes.

El Jefe supremo de esta teocracia inspirada en las ciencias del Renacimiento: Cosmografía, Aritmética, Geometría, Historia, Poesía, Lógica, Retórica, Gramática, Medicina, Filosofía, Política, Moral y también, por supuesto Astrología, es un sacerdote llamado Metafísico.

Tal como en la Utopía, Utopo, el creador de la ciudad, “hombre sapientísimo, previó acertadamente que el solo y único camino para la salud pública era la igualdad de bienes, lo que no creo que se pueda conseguir allí donde exista la propiedad privada”, en la Ciudad del Sol, sus habitantes dicen que:

la propiedad en cualquiera de sus formas nace y se fomenta por el hecho de que cada uno posee a título exclusivo, casa, hijos y mujeres. De aquí surge el amor propio, pues cada cual aspira a enriquecer a sus hijos, encumbrarlos a los más altos puestos y convertirlos en herederos de cuantiosos bienes. Para conseguirlo, los poderosos y los descendientes de noble linaje, defraudan al erario público. . . una vez que ha desaparecido el amor propio, subsiste solamente al amor de la colectividad.

Por otra parte, opina Campanella a propósito de los heliopolitas:

Estoy firmemente persuadido de que si los Hermanos, las Monjas y los Clérigos de nuestros días no se vieran arrastrados por el amor a sus parientes y amigos o por la ambición de lograr honras mayores, habrían conseguido mayor santidad y deseado menos la propiedad, mostrándose más caritativos para con todos, como lo eran en tiempos de los apóstoles. . .

Pero su crítica va mucho más lejos, aconsejando medidas prácticas para la organización social tales como la coeducación, el respeto por los trabajadores y el desprecio por aquellos que “tenemos por nobles a quienes no conocen arte alguno, viven en la ociosidad y poseen muchos esclavos consagrados a su pereza y lujuria”. –Y prosigue el Almirante genovés, personaje que cuenta su viaje a la Ciudad del Sol– “como vosotros que anteponéis hombres ignorantes, considerándolos preparados únicamente por descender de príncipes o por haber sido elegidos por el partido más poderoso”.

Para ejemplo de otros Estados, en Heliópolis son comunes las

casas, dormitorios, lechos y todas las demás cosas necesarias; y consumando las contradicciones entre trabajadores manuales o intelectuales, y entre los sexos, Campanella nos dice que en su "república filosófica" "las artes mecánicas y especulativas son comunes a hombres y mujeres".

Hay mucho de convencional en la Ciudad del Sol. Durante la comida "un joven lee un libro con voz clara y sonora desde una elevada tribuna, mientras el resto yanta en silencio las viandas recomendadas por médicos dietistas".

Sin embargo, no por filosófica, astrológica y perfecta desde la perspectiva renacentista, esta Ciudad del Sol deja de ser represiva. En otras palabras, la perfección, para esa burguesía naciente que expresa Campanella, estriba en la organización, la disciplina, pero no en la libertad. Los heliopolitas "no aprecian el oro o la plata, concediendo a tales objetivos preciosos únicamente el valor de poder servir para hacer vasos y adornos comunes a todos", sin embargo condenan a muerte a la mujer que usa cosméticos para ser bella, y al soldado que emprende la retirada o que desobedece órdenes; en este último caso la ejecución se realiza recluyendo al culpable para que sea devorado por las fieras.

Cristianismo primitivo, astrología, con una pizca de Virgilio (llama a los trabajadores agropecuarios a leer las Geórgicas y las Bucólicas), homeopatía, cultivo extensivo de la tierra, pitagorismo, natación obligatoria al igual que el bélico arte de la caza, comunidad de mujeres "tanto en lo referente al mutuo obsequio como en cuanto al lecho", brahmanes que aplican la ley del Talión, tierra donde no puede desempeñar la función poética quien introduce la mentira en sus versos y donde los cadáveres no se sepultan, lugar en el cual se desprecia profundamente a Aristóteles, son algunos de los componentes de esta filosófica república, llamada la Imaginaria Ciudad del Sol que influyó en Bacon y en los jesuitas asentados en Paraguay, proyecto y programa lanzado hacia el futuro.

Lo demás, como la anticipación de navíos a vapor, el secreto de volar, son mera anécdota anticipativa, una previsible ciencia-ficción renacentista, que Bacon plantea imaginativamente y Leonardo realiza teóricamente casi un siglo atrás.

La obra campanelliana, al igual que la de Botero y Macchiavelli, está inspirada por la "Razón de Estado", tema fundamental de la concepción del Estado de la burguesía del siglo XVI, clase que va consolidando su poderío con fuerza, esperanza y fe en su ascendente predominio. Una utopía feudal, era imposible en aquella época. La antiutopía feudal, era difícil en esos tiempos, sin embargo, algo de esto nos lo da Miguel de Cervantes en el mundo quijotesco. El burgués renacentista mira hacia el mañana sin

temores. Su utopía se irá convirtiendo en utopía al correr de los años. Recién camina por la historia y es por eso que se impone metas y tareas.

Bacon y su Nueva Atlántida. La Nueva Atlántida, obra póstuma del barón de Verulam y vizconde de Albans, Sir Francis Bacon, es la versión literaria o periodística de un mundo tecnocrático, regido por la ciencia, con el fin de conservar la paz —se supone— a juzgar por los nombres y las toponimias. Esta “nueva Atlántida” se llama Bensalam (en hebreo, hijo de la paz); el rey-reformador se denomina Saloma (del hebreo shalom, paz); y la institución científica es llamada Casa de Salomón (o casa del pacífico). La isla en el mar Pacífico, parece estar ubicada en el mismo lugar que eligió Daniel de Foe para su Robinson Crusoe, es decir, el archipiélago de las Juan Fernández frente a las costas del norte de Chile, o —y en esto Bacon es impreciso— en Tahití, o sea más al occidente.

Bacon no fue un cientista: fue un político y a eso dedicó su azarosa vida, sin embargo escribió sobre la ciencia obras de capital importancia como la “Instauratio Magna”, el “Novum Organum”, “The advancement of Learning” y “De dignitate et augmentua scientiarum”, como las más importantes.

Contemporáneo de Shakespeare, Campanella y Galileo, este Lord Canciller bajo Jacobo I, es el representante genuino del renacimiento inglés, de la época isabelina en la que hace eclosión el pensamiento insular, reformista y religiosamente independiente, que se asienta victoriosos y veloz como las naves que expanden por toda la tierra el imperio de Su Majestad.

Pero esta expansión imperial a que aludimos no requiere ya de la Biblia, los Evangelios, San Agustín, Santo Tomás o las disquisiciones de los ergotantes escolásticos; necesita de la ciencia, de la técnica, del libre pensamiento —racionalista y empirista al mismo tiempo— que lo impulse a “leer en el libro abierto de la naturaleza”. Su programa, su utopía, consiste en planificar los artificios, artefactos, artes mecánicas y técnicas necesarias para la mencionada expansión, entre otras la vitamina C imprescindible para las largas travesías de la flota del Almirantazgo: “esas naranjas escarlatas, las cuales según ellos, eran un remedio infalible para las enfermedades adquiridas en el mar”.

En la Casa de Salomón, antecedente de la Royal Society (Real Sociedad Inglesa de las Ciencias), se experimentaba con adelantos tales como la desalinización del agua: “se extrae agua pura de la salada” y se utilizan “máquinas para multiplicar y reforzar los vientos”, tres tipos de técnicas auxiliares al arte de marear del naciente imperio británico.

La nueva Atlántida por otra parte nos plantea la genética tanto

animal como vegetal, la televisión, el cine, el principio del laser, la microscopía y la telescopía, los audífonos, los altavoces, el avión y el submarino, nada menos que en 1627, doscientos años antes del nacimiento de Julio Verne y un cuarto de milenio previo a la llegada a este mundo de H.G. Wells.

Para Bacon, la solución al problema económico y social que enfrenta Gran Bretaña y su desafío histórico en el naciente siglo XVII se encuentra en la ciencia, y en un fenómeno que más tarde denominaremos tecnocracia, y que en un siglo y medio después de la muerte de Bacon se transformará en el ideario de la llamada Revolución Industrial.

Por último, al terminar esta pequeñísima obra inconclusa, Francis Bacon nos da una imagen de lo que nosotros podríamos llamar el investigador científico. "Respecto a los distintos oficios y empleos de nuestros compañeros", dice nuestro autor, y los enumera: a) los comerciantes de luz o recolectores de datos científicos en otros países; b) los hombres del misterio o los que reúnen metodologías y experimentos; c) los exploradores que repiten dichos experimentos; d) los recopiladores que registran los datos de la ciencia; e) los bienhechores que extraen los resultados prácticos de las investigaciones científicas; f) los faros o aquellos que evalúan los resultados de la ciencia; g) los inoculadores que ejecutan la divulgación científica; y finalmente, h) los intérpretes de Natura, los que conciben leyes axiomas y aforismos sobre la anterior producción de la ciencia, fundamentalmente inductiva, dentro del pensamiento baconiano.

Esta tercera narración artístico-utópica del Renacimiento, nos muestra un programa hoy ya cumplido, un proyecto ya ejecutado, por la clase en ascenso que se lo planteó en los albores de su desenvolvimiento, en su primera juventud, clase social que logra vencer a la rueda de la Fortuna que tanto preocupaba a nuestro astrólogo Campanella, vencerla por su juventud, ya que como dice Machiavelli, la fortuna es hembra y se doblega ante la potencia juvenil de un príncipe nuevo; y de las clases nuevas, agregaríamos nosotros, que va subiendo por la historia en fiera lucha con la hegemónica precedente.

En su testamento, Francis Bacon escribe lo que sigue: "Encomiendo mi alma a Dios; mi cuerpo a una tumba olvidada; mi nombre a los siglos venideros y a las naciones extranjeras". Sus últimas palabras han sido proféticas y desde aquí agradecemos el legado.

Cada época engendra su utopía, prognosis de una sociedad perfectible, el viejo sueño, Jauja, Utopía, Cofralandes, Ciudad de Dios, el País de Nunca Jamás, Ciudad del Sol y Nueva Atlántida. En una ciudad de nuestro mundo dominado se hizo una vez una encuesta acerca de una tierra soñada, un poco idea de la felicidad,

en otras palabras, la utopía; la encuesta se hizo entre niños marginados de una gran urbe sudamericana. En la utopía planteada por los niños figuraban las siguientes metas: dormir solos en una cama, tener zapatos, comer mucho, tener una profesión tal como boxeador o cantante popular.

Esperanza y proyecto joven, de gente con hambre de justicia o la muy común hambre que se sacia por la boca, como lo explica Violeta Parra:

Los que pasan por el camino
dicen que allí esta lo bueno
y se atracan sin recelo
del valor que los anima
agarran vino y harina
se ponen a hacer pihuelo.
Ríos de aguardiente habrá
porque allí no habitan truchas
y hay un morrrito de azúcar
donde pegan la topá...
y más abajito habrá
ponche bien alcanforado
de dulce bien sazonado
todo este licor se junta
donde se clavan de punta
todos los aficionados.

Las creaciones literarias antiutópicas

Creaciones literarias antiutópicas hay muchas, entre ellas el infierno que nos describe el genio de Allighieri, algunas escenas de Jonhathan Swift o la Isla de los Pingüinos de Anatole France. Sin embargo aquí nos referimos sólo a unas pocas, de autores contemporáneos tales como **La guerra contra las salamandras** de Karel Capek, **Un mundo Feliz** de Aldous Huxley, **1984** de George Orwell, **Fahrenheit 451** de Ray Bradbury, **El señor de las moscas** de William Golding, **Mercaderes del Espacio** de Frederick Pohl y C.M. Kornbluth, y la **Naranja Mecánica** de Anthony Burguees.

¿Qué tienen todas ellas en común?

En primer lugar, si las utopías renacentistas son el producto de la burguesía en sus inicios, las antiutopías son a su vez la expresión de la burguesía en su ocaso. La clase burguesa en sus comienzos fue revolucionaria, hoy es profundamente conservadora. Por ello lo que de común tienen estas obras mencionadas es su temor al futuro, su horror, podríamos enfatizar, su falta de vitalidad, su cansancio, su conservadurismo implícito y explícito,

su falta de proyecto histórico, su ausencia de programa político coherente, futurista y vital.

Veámos una rápida síntesis de sus argumentos:

a) **La Guerra contra las salamandras** del checo Karel Capek, (también es autor de una obra de teatro "Ruhr" donde interviene un personaje mecánico denominado Robot, del cual se originó el término hoy usado por la cibernética); en esta obra de Capek, un viejo lobo de mar logra domesticar algunas salamandras con el fin de hacerlas trabajar. Las salamandras van remplazando al hombre en casi todos los trabajos. Empieza la explosión demográfica de las salamandras que, prácticamente controlan toda la producción de la tierra. Las salamandras toman el poder. Su líder es un ex-sargento alemán (alusión a Hitler). Estalla la guerra y quedan algunos sobrevivientes cuya misión será reproducir la especie humana y poblar nuevamente el planeta.

¿Por qué es ésta una obra antiutópica? Porque presenta de manera pesimista el problema de las masas en el poder, confundiendo el fenómeno masivo característico del fascismo y del naciismo con el papel de las masas históricamente conscientes que en teoría y en situaciones reales, sobre todo en experiencias políticas socialistas en el Asia, han demostrado eficacia y capacidad colectivas ejemplares.

Esos gangosos sirénidos son mucho más imagen del obrero, que del fanatizado miembro del partido nacional-socialista. En su prognosis del futuro, Capek no ve otra cosa que el avance de un salamandrismo social. Su esperanza del mañana es más bien un horror al futuro, una advertencia antiutópica sobre el peligro de los elegidos frente a la imagen grey que a ojos vista se multiplica sobre nuestro vapuleado planeta. Una suerte de orteguismo anima al Capek de la **Guerra contra las salamandras**, situación que está bien en un señorito español de formación germana, pero que en nuestro autor checo se torna visión antiutópica, lo que implica mucho o poco de conservadurismo.

Sin embargo, la esperanza de los sobrevivientes que se plantean reestructurar la humanidad sobre nuevas bases, estampa una matiz de esperanza, de optimismo que salva –para nosotros los utopistas– la obra en cuestión.

b) **Un mundo feliz** de Aldous Huxley (un bizarro mundo nuevo) nos presenta la tierra en el año 2500 en que las castas o clases sociales corresponden a distintos tipos somáticos producto de una ingeniería biológica muy avanzada. Los Alfa, dominadores, inteligentes clases superiores; los Beta; los Gamma; los Delta y los Epsilones viven contentos con su ubicación en la sociedad pues han sido condicionados para ello genéticamente. Sin embargo, hay en esta obra del autor de Contrapunto, algunas pistas que es

necesario seguir para encontrar su trasfondo reaccionario. La protagonista de ese mundo siniestro y monstruoso se llama casualmente **Lenina** Crowne. El personaje del Departamento de Psicología tiene por nombre **Bernard Marx**, casualmente, se comprende. Por último, una niña, apasionada por los juegos eróticos se llama, también por rara casualidad nada menos que **Polly Trotsky**. Y todo esto en la era fordiana, la era tecnocrática iniciada por John Ford, era maquinista y de producción en serie.

Para cualquier lector, incluso para el menos advertido, la obra demuestra que en el futuro, el socialismo mezclado con la producción en serie serán las bases de una sociedad muy organizada pero, al mismo tiempo, demasiado monstruosa.

El aspecto reaccionario de esta antiutopía se observa en algunos párrafos que creo necesario citar:

“Nuestro Freud fue el primero que reveló los espantosos males de nuestra vida familiar. El mundo estaba lleno de padres y lleno por consiguiente de miseria; lleno de madres y por lo tanto de perversiones, desde el sadismo a la castidad; lleno de hermanos, hermanas, tíos, tías; lleno de locura y suicidio.”

La ironía es grande. En un mundo en que los seres humanos nacen en probetas y se ataca a la familia, la frase recién mencionada tiene por objeto, por oposición, defender a la familia burguesa, atacar al psicoanálisis demostrando que las teorías freudianas sólo podrán tener sentido en un mundo “feliz” como el que describe.

En la antigüedad –prosigue– muchos probaron la importancia de la reproducción ectogenética, pero “había una cosa llamada Cristianismo. Y las mujeres fueron forzadas a seguir siendo vivíparas”. Por oposición nuevamente y con otra ironía también muy grande, el valor de la religión, ya desplazada de este mundo “feliz” por oponerse a la ectogénesis y por consiguiente apoyar a la familia. Resultado: afirmación de la familia burguesa británica y de la religión. Otras frases:

La enseñanza durante el sueño estaba entonces prohibida en Inglaterra. Había una cosa que se llamaba liberalismo.

O bien el Sistema de Castas. Constantemente propuesto y constantemente rechazado. Había algo entonces llamado democracia.

Vino después la matanza del British Museum. Dos mil fanáticos de la cultura fueron exterminados con gases de sulfuro de dicloretilo.

Se emprendió al mismo tiempo una campaña contra el pasado: cierre de museos, destrucción de monumentos históricos, la supresión de todos los libros publicados antes del año 150 de la era fordiana.

Y un tal Shakespeare del cual, naturalmente, no habréis oído nunca hablar.

Se cortó el remate a todas las cruces y quedaron convertidas en T. Había también una cosa llamada Dios.

Había también una cosa llamada cielo, pero con todo ello no dejaba de haber enormes cantidades de alcohol.

Había una cosa llamada alma y una cosa llamada inmortalidad.

Los viejos, en los pésimos tiempos antiguos renunciaban, se retiraban, se dedicaban a la religión, pasaban el tiempo leyendo, pensando, ¡pensando!

En otras palabras, en esta sociedad perfecta de las Leninas Crowne, de los Bernard Marx y de las Polly Trostsky, de la era fordiana, se abomina a la familia, se aplica el freudismo, se ataca y se execra al cristianismo, el liberalismo, la democracia, la cultura, Shakespeare, Dios, el alma, la inmortalidad, el cielo, y el pensamiento, es decir, todos los valores **tradicionales** que es necesario **conservar**, frente al mundo que se avecina, en un futuro "socialista".

Antiutopía, antiproyecto, antiprograma, memoranzas del pasado y del presente, el Imperio Británico en su ocaso, la burguesía en su decadencia, en su vejez histórica. Conservemos lo que hay, que aunque no es perfecto, es mucho mejor que el mundo de los obreros, pueblos de color, masas incultas y ateas del Tercer Mundo parece estar diciendo horrorizado el antiutopista Aldous Huxley.

Y lo anterior es explicable. La verdadera utopía en tiempos de Huxley (recién muerto en 1963) sería la siguiente: existe un mundo tan perfecto en que ya no hay Imperio Británico, ni personas que como a Huxley, les aterroriza el futuro. Todos los habitantes de Gran Bretaña son trabajadores manuales e intelectuales al mismo tiempo, y los poderosos han perdido sus privilegios. Claro está que esta utopía no la podría haber escrito Huxley ya que ella implicaba su propia negación.

c) **1894** escrita por Eric Arthur Blair cuyo pseudónimo es George Orwell es una obra mucho más esquemática que simplemente parodia la época stalinista en la URSS, visto con la óptica de la fecha de su publicación, 1949, en plena virulencia de la guerra fría, en momentos en que se proclamaba la República Popular China y prácticamente en vísperas de la Guerra de Corea.

El protagonista se llama Winston, y vuelven las casualidades con este conocido nombre. Uno de los personajes execrables llamado Emmanuel Goldstein es descrito como "un rostro judío, delgado con una aureola de pelo blanco y una barbita de chivo" exacto a Trotsky.

El Gran Hermano se presenta con su negra cabellera y sus grandes bigotes negros, un rostro rebozante de poder y de misteriosa alma, igualísimo a Stalin.

Se habla también del “Noveno Plan Trienal”; todas las personas además “visten mono azul, uniforme del Partido”; hay en ese mundo ligas juveniles anti-sex; Al Gran Hermano le llama también el Gran Camarada. Esta cita es elocuente: “señora era una palabra desterrada por el Partido, ya que había que llamar a todos camarada”.

A los niños se les muestra con “pantalones cortos azules, camisas grises y pañuelo rojo al cuello”, fanatizados y amenazando con “mandar a las minas de sal a todo mundo” Imagen de los jóvenes soviéticos con mentalidad de juventud hitleriana.

Estas gentes de 1984 viven, además, en un mundo en donde “nada era del individuo a no ser unos cuantos centímetros cúbicos dentro de su cráneo”.

Tesis: en el futuro, cuando triunfe el socialismo (y ahí el inconsciente traiciona al autor) dentro de treinta y cinco años, se implantará un régimen superrepresivo. El futuro es aterradorante.

La caricatura orwelliana se parece mucho a toda la literatura anticomunista de la época maccarthista, plagada de astracanadas donde espías o funcionarios comunistas dan prueba de jingenuidad, torpeza, fanatismo, credulidad y terror!

Las tres consignas del Partido “La guerra es la paz”; “La libertad es la esclavitud” y “la ignorancia es la fuerza” resumen el sentido de esta antiutopía o novela de anticipación negativa u obra de futurismo pesimista como es “1984” de George Orwell.

d) Mercaderes del Espacio de Frederick Pohl y C.M. Kornbleth es una sátira a la sociedad de consumo, a la publicidad de un remoto futuro donde, por ejemplo, unos personajes que van en un navío interplanetario sienten de pronto un sucio olor a poco higiénicas axilas y luego una voz que dice por un invisible altoparlante: Señora, señor, así olerá usted si no usa desodorante marca tal o cual. . .

Hemos clasificado esta obra, publicada por la excelente colección Minotauro, entre las antiutópicas por cuanto plantea prácticamente la eternidad del capitalismo, de la publicidad mercantil. La tesis que se desprende de “Mercaderes del Espacio” es la siguiente: si el capitalismo moderno es siniestro y antihumano, el futuro, que también será capitalista, llegará a límites intolerables y monstruosos. ¡Dios nos pille confesados! Antiutopía por ser utopía al revés, proyecto para no llevarlo a cabo, programa no realizable ni deseable de realizar.

e) El señor de las moscas de William Golding en inglés “Lord of the Flies”, debe ser traducido al idioma hebreo para encontrar su correcta interpretación y su sentido oculto. En hebreo la palabra

señor, dueño, amo es "bal", de ahí el Baal Bíblico; mosca por su parte se escribe Zbuv. De esta laya Señor de las moscas sería, conservando nuestra grafía. Balzbuv o sea Belzebú que es uno de los nombres de la representación del mal, de lo demoníaco.

Un grupo de niños ingleses son evacuados durante la Segunda Guerra Mundial en un avión, desde una zona colonial hacia Londres. El avión es atacado, cae sobre una isla y mueren los únicos adultos, el piloto y el copiloto.

A los pequeños náufragos les es impuesto sobrevivir. Piggy el intelectual, Ralph el líder y Jack el cazador se van disputando la conducción de los demás. Jack, con un grupo, descubre unos cerdos salvajes y se transforman en cazadores que finalmente terminan pintarrajeándose el rostro y transformándose en salvajes que tratan de someter al resto. Lo anterior finaliza en una guerra en que dos niños mueren ensartados en primitivas lanzas.

De pronto llega un barco a rescatarlos y ... vuelven a ser los mismos dulces y buenos niños del comienzo. Excepto los dos muertos, todo vuelve a la cotidianidad de la vida, a la calma.

A muchos les extrañará que coloquemos este libro de Golding, del cual hay versión cinematográfica, entre los libros de la literatura antiutópica. Debemos una explicación. Para Williams Golding no sólo el futuro debe mirarse con anteojeras pesimistas. Para él, todo futuro posible es aterrante ya que está en el ser humano, en los frágiles y buenos chicos, la semilla del mal, Belzebú, el señor de las moscas, que incita al hombre a la guerra, a la matanza, al crimen, a la violencia. Frente a "Baal ha Zbuv" no hay esperanzas de redención, mejora o humanidad. Su pesimismo antiutópico emana de una concepción nihilista e inmutable de una suerte de permanente "naturaleza humana" perversa y demoníaca.

Está implícito en este libro de Golding la imposibilidad de un mejoramiento, de un programa o un proyecto de superación ya que el señor de las moscas -Belzebú- estropeará cualquier empresa. Piggy, el intelectual y el líder moral Ralph intentaron realizar una pequeña utopía, pero fue más fuerte el destino regido por Belzebú y se volvió a cometer el pecado original.

f) **La naranja mecánica** de Anthony Burgess y **Fahrenheit 451** de Ray Bradbury constituyen otras dos novelas antiutópicas por excelencia. En la primera Burgess nos presenta un mundo futuro de drogas y violencia como **detritus** histórico y social de la combinación -expresada por el nuevo idioma mezcla de inglés y ruso- de todos modos en decadencia, el norteamericano y el soviético. Allí todo es antiutópico, siniestro y deleznable, excepto un personaje: el tocadisco donde el protagonista escucha incansablemente una música de Ludwing Van que representa el espíritu y por cierto... el pasado. Dicha música es nada menos que el coro de la novena sinfonía de Ludwing Van Beethoven compuesto

sobre "El Himno a la Alegría" de Federico Schiller que, cosa curiosa, en nuestra radiotelefonía lo anuncian como una pieza musical llamada . . . "La naranja mecánica". La obra de Burgess, de hecho nos está presentando, lo que él considera el porvenir de la sociedad: el fascismo desatado, tanto en las personas particulares como en las instituciones.

El protagonista y su pandilla asaltan, violan y matan a la mujer de un escritor. La justicia lo detiene y para "recuperarlo" socialmente le quiebran la voluntad y la agresividad con reflejos cuyo condicionante es la aludida música de Beethoven. Su excompañero de fechorías ingresa naturalmente a la policía y el buen escritor a cuya casa por casualidad llega el protagonista, se venga de éste aplicándole a todo volumen la torturante melodía del condicionamiento. Un mundo futuro de criminales o de total locura, una sociedad enferma, sin remedios, Antiutopía, pero también crítica social que toma como pretexto argumental la prognosis futurista.

En el mismo sentido ambiguo —entre antiutopía y crítica a la sociedad represiva y negadora de los valores humanos, se puede interpretar "Fahrenheit 451" la temperatura a la cual arde el papel, pues en ese mundo futuro descrito por el autor de las **Crónicas marcianas**, los bomberos en lugar de apagar incendios los provocan; allí los bomberos ejercen la piromaniática profesión de quemar . . . libros. Allí sólo se permite la insulsa televisión, los espectáculos carentes de ideas, emoción, arte, o fantasía. Un bombero se revela, lee libros y se ve obligado a huir a la montaña donde se une a unos guerrilleros, cada uno de los cuales se sabe un libro de memoria . . . regresarán . . .

Los autores de novelas de anticipación pesimista, o de futurismo negativo o de antiutopías son francamente apocalípticos y se acercan mucho al nihilismo. Sin embargo, hay que separarlos en dos grupos bien definidos: a) los simplemente reaccionarios, tales como Huxley, Orwell e inclusive Golding, que expresan la decadencia de la burguesía, que por su propia senectud es ya impotente para plantearse utopías, y b) las antiutopías que implican una crítica social al presente tomando como pretexto al futuro, tales como Pohl y Kombluth, Bradbury, Burgees y aun Capek.

Miedo al futuro, desengaño, temor al cambio, espíritu conservador y por ende reaccionario: esa es la antiutopía en esencia.

Después de todo lo expuesto creo que la burguesía todavía es capaz de plantearse utopías, o utopías para ayudar a los trabajadores a no caer en la desesperanza y seguir produciendo. A estas un tanto bastardas y ñoñas utopías pertenece el inefable libro de Luis Alberto Machado **La revolución de la inteligencia** impreso por Siglo XXI y los textos para supermercado de Og Mandino **El vendedor más grande del mundo, El milagro más**

grande del mundo y otros **best sellers** de los que me ocuparé alguna vez. No es raro que grandes compañías transnacionales que operan en México hayan comprado ingentes partidas de las obras de Og Mandino para regalárselas a sus trabajadores.

Desde el punto de vista literario el género antiutópico es demasiado atractivo y uno cae de bruces en su lectura tal como en la novela policial, de espionaje, de misterio y gótica.

Después de haber escrito **Un mundo feliz**, Huxley dijo lo siguiente con respecto a su libro: "uno de esos pecados artísticos cometidos y transmitidos por esa persona que es uno en la juventud".

A mí el tema y el género de anticipación crítica también me atrajo y cometí también uno de esos pecados de juventud cuando escribí **Cuadernos de un hombre asustado** publicado hace ya tres lustros.

Muchos de los autores de antiutopías han querido con sus obras matar y hacer desaparecer la utopía, situación verdaderamente imposible para ellos de lograr. Mientras existan clases sociales, hombres de primera y hombres de segunda; mientras existan separados los trabajadores manuales de los intelectuales; mientras exista separación entre la ciudad y el campo, entre países ricos y pobres, entre dominados y dominadores, entre países centrales y del Tercer Mundo habrá utopías habrá hombres de segunda que propiciarán programas para realizar en el futuro, proyectos para mejorar al hombre y su vida.

Quizá nuestro defecto sea ser poco utópicos, poco soñadores, poco creyentes en un mundo mejor. Luchemos por hacer realidad nuestros sueños, usemos la imaginación, pensemos que es posible realizar lo imposible.

Quiero despedirme de ustedes con palabras utópicas, con palabras de Violeta Parra:

Aquí va la despedida.
y la ciudad tiene su honor
allí no se gasta un peso
los pilares son de queso
las tejas de sopaipilla
y los ladrillos alfajor. . .

Cd. Universitaria, D.F. julio de 1978.